

## Boletín bibliográfico

PSEUDO-MACARIO: *Spirito e fuoco. Omelie spirituali (Collezione II). Introduzione, traduzione e note a cura di Lisa Cremaschi*. Magnano. Comunità di Bose. Ed. Qiqajon, 1995. 466 pp. (Padri Orientali). Lit. 50.000.

Es muy escasa la literatura que en nuestra lengua existe sobre el Seudo Macario y su obra<sup>1</sup>. Me parece, pues, oportuno aprovechar la ocasión que me ofrece la edición de este excelente libro para presentar el autor mencionado a nuestros lectores.

### 1. Seudo Macario - Simeón de Mesopotamia

Bajo el nombre de Macario el Grande o Macario el Egipcio (+390) -para distinguirlo del otro Macario denominado «el Alejandrino»-, «el santo monje de gran corazón, han llegado hasta nosotros diversas colecciones de homilías y discursos espirituales, nacidos en otro ambiente, en otro contexto, y que estuvieron a punto de perderse a causa de las sospechas que rodeaban a su autor» (p. 9).

El análisis de dichos textos ha conducido a colocar su origen no en Egipto, sino en Siria - Mesopotamia o Asia Menor.

El idioma del autor de tales escritos es el griego, «aunque contaminado con latinismos y arameísmos. Además, algunas expresiones y varios temas espirituales, inducen a suponer contactos con el monacato basiliano» (p. 10).

---

<sup>1</sup> Ver la bibliografía que presenta la Hna. Cremaschi en las pp. 425-432 (un solo título). No conozco ninguna versión castellana completa de alguna de las "Colecciones" atribuidas al Seudo Macario. En *CuadMon* se publicó una selección de tres homilías que se consideran suyas: vol. IV, ns. 8 y 9 (1969), pp. 163-174 y 101-111, respectivamente.

En 1920, L. Villecourt aportó un argumento nuevo y fundamental para localizar al Seudo Macario: la fuerte semejanza entre diversos textos del *corpus* macariano «y algunas proposiciones mesalianas varias veces condenadas entre fines del siglo IV y primeros decenios del siglo V.

«El movimiento mesaliano (= *euchita* en griego = orante, hombre de oración), originario de la Mesopotamia, había ganado rápidamente las Iglesias y los monasterios del Asia y el Ponto, difundiéndose en Capadocia, en Armenia y en particular por las provincias de Licaonia y Panfilia. Egipto fue alcanzado sólo marginalmente» (p. 10).

En el concilio de Éfeso de 431, dos obispos: Valeriano de Iconio y Anfiloquio de Side, presentaron un escrito denominado *Asceticón*, que en su opinión «representaba el manifiesto espiritual del movimiento mesaliano, solicitando una condena explícita» (p. 12).

«Ahora bien, aquel texto objeto de anatema en Éfeso parece que estaba compuesto por una colección de homilías llegadas hasta nosotros bajo el nombre de Macario. Su autor debería identificarse, según algunos estudiosos, con Siméon de Mesopotamia, recordado por las fuentes como jefe del movimiento mesaliano» (p. 13).

Esta tesis ha sido sostenida principalmente por H. Dörries y J. Gribomont. Mientras que no fue aceptada por J. Stiglmayr, W. Völker, J. Meyendorff (el Seudo Macario habría *utilizado* el *Asceticón*) y H. U. von Balthasar (considera insuficientes los argumentos de Dörries).

En suma, estamos ante un autor del que sabemos poco, cuya identificación es imprecisa, a quien se le atribuyen escritos sospechosos de herejía, pero que a pesar de ello tuvieron gran influencia en la espiritualidad oriental. Este personaje, llamado por unos Seudo Macario y por otros Simeón de Mesopotamia, desarrolló su actividad literaria seguramente en la segunda mitad del siglo IV y en los primeros decenios de la centuria siguiente.

## 2. Los mesalianos

Me parece más preciso hablar de «mesalianos» que de «mesalianismo». El apelativo siríaco, y la correspondiente traducción griega de *euchitas*, hace referencia a la principal acusación que les formulaban sus adversarios: el lugar preeminente que concedían los mesalianos a la oración, poniendo así en peligro, a juicio de sus oponentes, «el precioso equilibrio del *ora et labora*, con detrimento del trabajo y de un concreto ejercicio de la caridad, bajo el pretexto de querer

practicar una oración incesante o de buscar exaltantes emociones espirituales» (p. 18)<sup>2</sup>.

Los mesalianos eran, pues, en cierto modo «un movimiento de protesta», si se me permite expresarme así, contra una Iglesia y una jerarquía consideradas por ellos, no siempre sin motivo, «infieles al evangelio» (p. 18).

Evidentemente se trató de una *protesta* de carácter eminentemente *espiritual* -o espiritualista si se prefiere-.

Por las características recién señaladas no resulta sencillo definir las líneas fundamentales del mesalianismo. Se trata de un movimiento de «contornos inciertos y difícilmente definibles». «Es una herejía, afirmaba J. Gribomont, *sfuggente* que nunca se organizó en una secta, en torno a una doctrina, con miembros y jefes que se hayan impuesto» (p. 14).

Las fuentes que tenemos nos ofrecen una sistemática de las tesis mesalianas tal como fueron denunciadas y condenadas por los adversarios. Lo cual hace delicada y ardua la tarea de volver a alcanzar, por encima de los tonos polémicos, de las acusaciones de desórdenes en el campo moral, de las exageraciones, los principios inspiradores del mesalianismo (p. 14).

Sin embargo, es necesario resaltar dos elementos fundamentales de sus enseñanzas:

a) la absoluta preeminencia concedida a la oración: «es sólo la oración ferviente y asidua la que libera al corazón del pecado y lo dispone a recibir el Espíritu» (p. 15);

b) «una fuerte acentuación de la experiencia espiritual descrita con imágenes nupciales: el Espíritu recrea al hombre, hace de él un *espiritual* (término con el que se autodefinían los mesalianos) y lo colma con sus dones: el carisma del discernimiento, el don de revelaciones y visiones, la contemplación de la santa Trinidad» (p. 15).

Es claro que estos dos aspectos fácilmente podían deslizarse hacia actitudes o comportamientos extremos y erróneos.

Únicamente algunos pocos obispos clarividentes, entre los sobresalieron singularmente Basilio de Cesarea y su hermano Gregorio de Nisa, se dieron cuenta de la importancia de este movimiento e intentaron conducirlo hacia el camino recto. Comprendieron que en su base había verdaderas e importantes inquietudes espirituales; y que podían sanearse, o mejor evangelizarse, algunas de las intuiciones fundamentales de los mesalianos.

---

<sup>2</sup> Por esta última causa, en el concilio de Éfeso, a los mesalianos se los llamaba también «entusiastas».

Este ejemplo no tuvo una acogida favorable en el resto del episcopado y los mesalianos acabaron por ser condenados en bloque.

### 3. Las homilías del Seudo Macario

«El *corpus* seudo macariano comprende una centena de textos de género diverso -homilías, tratados, cartas, discursos, diálogos- ordenados y transmitidos en griego en cuatro colecciones, que al menos en parte se sobreponen» (pp. 26-27).

La primera colección comprende 64 *logoi*, que fueron editados por W. Jaeger (Leiden, 1954), H. Berthold (Berlín, 1973) y R. Staats (Göttingen, 1984). Existe traducción italiana de estos textos (Torino, 1981, Praglia, 1988).

La segunda colección contiene 50 homilías, que son las traducidas en el presente volumen de Eds. Qiqajon, fueron editadas por H. Dörries, E. Klosterman y M. Kroeger (Berlín, 1964). De ellas hay asimismo una versión francesa de Plácido Descille (Abbaye de Bellefontaine, 1984).

La tercera colección abarca 43 *logoi*. Fue editada por E. Klosterman y H. Berthold (Berlín, 1961). El P. V. Desprez la tradujo al francés en la colección «Sources Chrésiennes», vol. 275 (París, 1980).

Finalmente, la cuarta colección comprende 26 *logoi* y no ha sido editada por separado, pues se encuentra íntegramente en la primera colección.

La segunda colección «es el fruto de un atento trabajo de selección que ha eliminado los textos que mostraban tonos polémicos frente a la institución eclesial, ha buscado evitar expresiones que podían prestarse a la acusación de mesalianismo y ha custodiado celosamente todo lo que contribuía a la edificación espiritual. El redactor, probablemente un monje del Monte Athos en la época del renacimiento de la mística bizantina de los siglos X-XI, que tuvo a Simeón el Nuevo Teólogo entre sus máximos representantes, trabaja sobre colecciones ya existentes, probablemente las colecciones tercera y cuarta, efectuando una selección para no escandalizar la conciencia eclesial de sus contemporáneos, reúne fragmentos de textos diversos transformándolos en homilías, pero respetando la sustancia del material que tenía a mano.

«Las *homilías* conservan los rasgos propios del estilo oral; nacieron como catequesis de un padre espiritual, de un «anciano» en la vida espiritual, que transmite a sus discípulos la propia experiencia en simplicidad y verdad... Se trata simplemente de exhortaciones espirituales que recuerdan las catequesis de Pacomio..., o las conferencias de Casiano.

«Algunos textos tienen el estilo de las «preguntas-respuestas» típico de los grupos monásticos tanto en Egipto como en Capadocia: un discípulo pregunta, el padre espiritual responde. Pero indudablemente las *Homilías* no tienen el carácter práctico de las «preguntas-respuestas» del *Asceticón* basiliano; la intención del Seudo Macario es simplemente ofrecer un alimento espiritual para la vida interior, levantándose con extremo vigor contra la temible y siempre recurrente insidia de la hipocresía religiosa. De esta preocupación nace la insistencia en la necesidad de una experiencia espiritual profunda, de una vida de fe verdadera, real:

«Esto es lo único necesario: que cada uno tenga en el alma un tesoro y en las profundidades del corazón la vida, es decir el Señor» [*Homilías* (= *Hom.*) 3,3]» (pp. 27-29).

Aunque la segunda colección de las homilías no es una obra «de primera mano», no por ello carece de importancia o es menor su valor. Por el contrario, se trata de la colección más antigua y difundida en la tradición cristiana. «Volvemos a encontrar diversos temas propios del Seudo Macario en la doctrina espiritual de Diadoco de Foticea, de Simeón el Nuevo Teólogo y de Gregorio Palamas; en ámbito siríaco Dadiso Qatraya e Isaac de Nínive citan las *Homilías* en sus escritos. En el mundo eslavo lo utilizan Nilo Sorskiy, Serafín de Sarov, Teófano el Recluso y, en tiempos más recientes, Silvano del Monte Athos. En Occidente las *Homilías*, cuyo autor es recordado como “*christianae pietatis cultor*” (cultivador de la piedad cristiana)<sup>3</sup>, fueron editadas y traducidas al latín por primera vez en 1559, y recomendadas a los fieles como lectura espiritual. Pero el Seudo Macario fue particularmente amado y estimado en las Iglesias de la reforma, al punto de ser considerado “el gran santo del pietismo luterano”<sup>4</sup>» (p. 30).

#### 4. La doctrina espiritual expuesta en las *Homilías* de la segunda colección

Daremos sólo una primera aproximación, por expresarlo de algún modo, a algunos de los temas principales desarrollados por nuestro autor en sus *Homilías* (pp. 31-51).

<sup>3</sup> L. d’Achery, *Asceticorum indiculus*, Parisiis, 2<sup>a</sup> 1671, p. 4.

<sup>4</sup> G. Quispel, *Makarius, das Thomasevangelium*, p. 2. Sobre la influencia del Seudo Macario en las Iglesias de la reforma ver: E. Benz, *Die Protestantische Thebais. Zur Nachwirkung Makarius des Aegypters im Protestantismus des 17. und 18. Jahrhunderts in Europa und Amerika*, Wiesbaden, 1963.

Como la mayor parte de los «espirituales» del Oriente cristiano, también para el Seudo Macario la base principal de su reflexión es una certeza de nuestra fe:

«Únicamente el hombre fue creado a imagen y semejanza de Dios (cf. *Gn* 1,26). Mira qué vasto es el cielo y la tierra con sus preciosas criaturas; ¡qué magnificencia! Pero el hombre es más precioso que cualquier otra criatura, porque sólo en él se ha complacido el Señor» (*Hom.* 15,43).

Esa imagen de Dios en el hombre se expresa principalmente en la libertad que él ha recibido. Y tal imagen no se pierde totalmente ni siquiera después del pecado, por más ofuscado que el ser humano se encuentre:

«Ni siquiera quien es perfecto en el mal, sumergido en el pecado, quien se ha hecho instrumento del demonio y en todo está dominado por él, está obligado por necesidad (a obrar así), sino que posee la libertad para llegar a ser *un vaso de elección* (*Hch* 9,14) y de vida» (*Hom.* 15,40).

La salida de esta ceguera espiritual es posible volviendo a sí mismo *-habitare secum* dirán los maestros del Occidente latino-, y desde allí, desde lo profundo del corazón, iniciar el camino de regreso:

«El alma tiene necesidad de una lámpara divina, el Espíritu Santo, que vuelva a poner orden en la casa (cf. *Lc* 15,8-10) envuelta en las tinieblas, tiene necesidad del radiante sol de justicia (cf. *Mt* 3,20; *Lc* 1,78-79), que resplandece y surge en el corazón, tiene necesidad de un arma que venza en la guerra. Entonces la viuda que había perdido la dracma, primero encendió la lámpara, después volvió a poner orden en la casa; y como la casa fue puesta en orden y la lámpara encendida, se encontró la dracma sepultada en medio de los desechos, las impurezas y la tierra.

Ahora bien, el alma no está en condiciones, por sí misma, de encontrar y distinguir los propios pensamientos, pero cuando se enciende la lámpara divina, ilumina toda la casa envuelta en las tinieblas, y así el alma ve sus pensamientos, (ve) cómo ellos se encuentran sepultados en la impureza y en el fango del pecado. Sale el sol y el alma ve su propia ruina y comienza a llamar a sus pensamientos mezclados con los desechos y las inmundicias. El alma, en efecto, transgrediendo el mandamiento, perdió la imagen que estaba en ella» (*Hom.* 11, 3-4).

En ningún momento Dios violenta la libertad del hombre. Él «no puede obligar al hombre a amarle», pero le ha mostrado su bondad y paciencia a lo largo de la historia de salvación:

«Misericordioso y bueno, es paciente con cada uno de nosotros, aún viendo cuantas veces tropezamos, espera con paz el momento en que volveremos a entrar en nosotros mismos y dejaremos de tropezar, y recibe con amor y gran alegría a quien se convierte del pecado» (*Hom.* 4,21).

En el colmo de su amor por el hombre *Dios se ha hecho pequeño*:

«El Dios, infinito e inaccesible, en su bondad se ha hecho pequeño y, des-  
cendiendo de su gloria inalcanzable (cf. *1 Tm* 6,16), se revistió de los miembros  
de este cuerpo se ciñó con él, y cambiando de aspecto por su bondad y su amor por  
los hombres, asumió un cuerpo...» (*Hom.* 4,10).

*Luchar para dejar que Dios nos abra nuevamente a ser imagen suya*

¿Cómo puede el hombre responder a este increíble amor de Dios? Entrando  
en su corazón y luchando para renovar la imagen divina ofuscada pero no defini-  
tivamente perdida:

«Mira, las cinco vírgenes sabias fueron vigilantes (cf. *Mt* 25,1-13) y se apre-  
suraron a lo que era extraño a su naturaleza recogiendo en los vasos de sus corazones  
el aceite, es decir la gracia del Espíritu que viene de lo alto, y así pudieron  
entrar con el esposo en la sala de bodas del cielo. Las otras, en cambio, las necias,  
encerradas en su naturaleza, no velaron ni se dispusieron a recibir en su vasos el  
aceite de la alegría (cf. *Sal* 44,8)» (*Hom* 4,6).

No hay obstáculo insuperable para la misericordia de Dios, basta con abrirse  
a su acción en nosotros:

«La hemorroísa, aunque no podía curarse y aunque estaba gravemente enfer-  
ma, tenía con todo los pies para caminar hasta el Señor y, llegando a su lado,  
recibir la curación (cf. *Mc* 5,25-34); igualmente aquel ciego, a pesar de que no  
podía caminar e ir junto al Señor pues no veía, sin embargo gritó con voz más  
fuerte que la de los ángeles -decía, en efecto: *Hijo de David, ten piedad de mí* (*Lc*  
18,39)- y con esa fe obtuvo la curación» (*Hom.* 20,7).

En esa lucha por recuperar en sí la imagen divina, a la obra de la gracia debe  
responder la del hombre, de modo que poco a poco el mal deje su puesto al amor:

«El campesino cultiva la tierra, pero aunque trabaja tiene necesidad de reci-  
bir de lo alto lluvias y aguaceros. Si no viene la lluvia de lo alto, de nada sirve que  
el campesino trabaje la tierra. Así también en las realidades espirituales debemos  
considerar las cosas bajo un doble aspecto. Es necesario que el hombre por su  
propia voluntad trabaje la tierra de su corazón y se fatigue, porque Dios exige del  
hombre esfuerzo, trabajo y cansancio, pero si no aparecen de lo alto las nubes  
celestiales y la lluvia de la gracia, no sirve de nada que el campesino se fatigue...  
¿Pero cuál es la obra del hombre? Renunciar, salir del mundo, perseverar en la  
oración, velar, amar a Dios y a los hermanos» (*Hom.* 26,10.19).

En esta acción trabajo de equipo entre Dios y el hombre: «Luchar, combatir,  
dar y recibir golpes es tarea tuya (del hombre), pero erradicar el mal corresponde  
a Dios» (*Hom.* 3,4).

El itinerario propuesto por el Seudo Macario presenta, en ciertos pasajes de sus *Homilias*, algunas semejanzas llamativas con el prólogo de la *Regla* de san Benito:

«Cuando alguien se aproxima al Señor, entonces ante todo debe obligarse (a hacer) el bien, aunque su corazón no lo quiera, y esperar siempre con fe firme su misericordia; debe obligarse a la caridad, aunque no tenga caridad, obligarse a la bondad, aunque no la tenga; obligarse a tener un corazón compasivo y misericordioso; obligarse a soportar el desprecio, a ser paciente cuando es despreciado...; obligarse a la oración, aunque no tenga la oración espiritual. Y así Dios, viéndolo luchar de este modo y obligarse haciéndose violencia, aunque su corazón no lo quiera, le regala la verdadera oración espiritual, la verdadera caridad, la verdadera paciencia, entrañas de misericordia, la verdadera bondad y, en una palabra, lo colma de los frutos del Espíritu (cf. *Ga* 5,22)» (*Hom.* 19,3).

### *El hombre transformado en morada del Señor*

- La acción de la gracia realiza esta maravilla espiritual que es la inhabitación de Dios en nosotros:

«El alma hecha digna de tener parte en el Espíritu, fuente de su luz, e iluminada por la belleza de la inefable gloria del Señor, que la ha preparado como su trono y morada, se hace toda luz, toda rostro, toda ojos» (*Hom.* 1,2).

El Señor se presenta como un mendigo que golpea la puerta de nuestra alma para habitar en ella:

«Recibamos, pues, al Dios y Señor, el verdadero médico, el único capaz de curar nuestras almas viniendo (a habitar) entre nosotros, él que ha sufrido tanto por nosotros. Él golpea siempre a la puerta de nuestros corazones (cf. *Ap* 3,20) para que le abramos, y viene a reposar en nuestras almas para que le lavemos los pies y lo unjamos con perfume (cf. *Lc* 7,38), y establece en nosotros su morada (cf. *Jn* 14,33)... Siempre sigue golpeando porque quiere entrar en nosotros» (*Hom.* 30,9).

Esta presencia del Señor en nuestra alma conduce hacia la alegría espiritual, al gozo más sublime: «El cristianismo es comida y bebida, y cuanto uno más lo gusta, tanto más el corazón queda envuelto por su dulzura» (*Hom.* 17,13).

No se trata, sin embargo, de un gozo o dulzura egoísta o individualista. Todo lo contrario, «el santo es hombre de comunión»; «confiado en la misericordia de Dios, reza por todos y espera por todos» (p. 50):

«Los que fueron hechos dignos de convertirse en hijos de Dios (*Jn* 1,12) y renacer de lo alto, del Espíritu Santo (cf. *Jn* 3,3-5), llevando en sí mismos a Cristo que los ilumina y les da reposo, son guiados por el Espíritu de muchos y diversos

modos, e invisiblemente en su corazón, en el reposo del Espíritu, son movidos por la gracia... A veces, ellos se alegran y exultan de alegría indecible como en un banquete real... Otras veces, lloran y gimen sobre el género humano y, mientras oran por el Adán total, inflamados de amor por todos los hombres, se afligen y lloran. Otras veces, por la acción del Espíritu Santo, arden con tal alegría y amor que, si fuese posible, tomarían a cada hombre en sus entrañas, sin distinguir entre el bueno y el malo. Otras veces, en la humildad del Espíritu, se humillan de tal forma por debajo de todo hombre, que se consideran los últimos de todos e inferiores a todos» (*Hom.* 18,7-8).

Esta presentación sucinta del pensamiento del Seudo Macario no puede dar una idea acabada de las riquezas que se encuentran en la lectura de sus *Homilías*. Invitamos al lector a adentrarse en ellas<sup>5</sup>.

*P. Enrique Contreras, osb*  
*Los Toldos* •

---

<sup>5</sup> Un mérito importante de la presente edición italiana es la excelente bibliografía (pp. 423-432) y los índices que ofrece (pp. 433-460).